

Sobre la parrilla
 Del gran Escorial asad al toro
 Del Zodíaco, y dad al mundo
 Un bello simulacro.

Sed crueles, osados y grandes,
 Sed los de Cortés y de Pizarro
 Y aprovechad las ubres de las vacas
 Que dejasteis más allá del Océano,
 Y que os pueden dar leche
 Por la sangre de antaño!

Al recibir una carta de Buenos Aires.

Has apurado, Rubén,
 La célica medicina;
 Esperanza, amor y bien
 Son una poción divina,
 Peregrina,

Superior a toda ciencia
 Que te puedan dar los sabios:
 Ella ha vertido en tus labios
 El elixir de Juvencia.

Lo que fué ya está borrado,
 Y el porvenir que obscuro era
 Es presente iluminado
 Por alba de primavera
 Verdadera.

Brille tu genio fecundo,
 Oriente sus ricas galas;
 Alondra, tiende tus alas
 Sobre la aurora del mundo.

L. H. D.

Nunca ha existido doctor
 Crisostómico parlante
 Que aplicara semejante
 Medicina del amor.

Y por
 Virtud tan linda y leal
 De tal ciencia peregrina,
 Diamantina
 La alondra alzará su vuelo,
 Pues le señalas abiertas
 Tú las puertas
 De la esperanza y del cielo.

¡Ayl, hermano,
 Soberano
 Que te vas por todas partes
 De las ciencias y las artes,
 El corazón en la mano!
 Que en los dos
 Se cristalice un poema
 Hecho de aurora suprema
 Y de voluntad de Dios!

A la República dominicana.

I

Olor a nardos y olor a rosa,
 Lo que adivino, lo que distingo,
 El sol, los pájaros, la mariposa,
 Santo Domingo, Santo Domingo.

Yo te adivino, yo te distingo
 Lo que algún día me puedas ser;
 Santo Domingo, Santo Domingo,
 Que yo algún día te pueda ver.

Dios permitiera que yo algún día
Llegara a costas que bellas son,
Por sus historias, su melodía,
Sus entusiasmos y su Colón.

*
* *

¡Oh República dominicana!
Tú que debieras estar,
Como una Virgen en su altar,
En toda patria americana;

Tú, que eres la sublime hermana
Que nos dió nuestro despertar,
Mereces la voz soberana:
¡Toda la tierra y todo el mar!

II

Brillantes, oro y rubies,
República Dominicana,
Sé cómo orgullosa y ufana
te muestras bella y sonríes.

Tienes para tus hombres fieros,
Para tus mujeres huríes,
Las palmas de los cocoteros,
Las alas de los colibríes.

Santo Domingo, vió una vela
Allá, en la Academia, Platón,
Y eso anunció la carabela
Que llevó a tu tierra a Colón.

A mi hijo Rubén Darío Sánchez.

Vive, vibra, fuerte y suave,
Todo conciencia y corazón;
Te aconsejo ser un león,
Pero con tus alas de ave.

De tal modo que sin reproche
Y lleno de tu poesía,
Tengas tu estrella blanca al día
Y constelaciones de noche.

Y que por mente y corazón,
Encuentres al amanecer
La estrella de Lucifer,
Otra estrella del corazón.

Y que pues la suerte convida
A vivir, tengas por vivir
La voluntad de existir
Con la belleza de la vida.

Y pues que tienes una estrella
Que te ha encontrado la virtud
De perpetuar tu juventud,
Toda grande y toda bella,

Y sabes quererte y conservarte,
Ten fragancia y ten conciencia,
Y oye el secreto de la ciencia
Que tiene la virtud del Arte...

Para mi hijito Rubén Darío Sánchez.

Puesto que tú me dices que eres mi hijo, ¡hijo mío!,
Y tienes fe en mis lirios y confianza en mis rosas,
Voy a confiarte ideas, voy a decirte cosas,
Y amarás grandemente a tu Rubén Darío.

Tú comprendes mis versos e interpretas mis pro-
Y las aguas que corren en mi profundo río, [sas,
Y, así, cuando te hable de las Musas hermosas
Séme profundamente y eternamente mío.